PEGASO

REVISTA MENSUAL MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Agosto de 1921. N.º 38 — Año VI

TEATRO NACIONAL

De la obra inédita de Ernesto Herrera, puesta a nuestra disposición por bondad que mucho agradecemos, de sus herederos, extractamos hoy este estudio sobre Juan Moreira, en el que el notable dramaturgo, que junto con Florencio Sánchez tanto elevara el valor de nuestro teatro, pone de transparencia su fino espíritu crítico y su vigoroso concepto de pensador

Juan Moreira fué un precursor. De él nació nuestra extirpe bravanzona y él encarnó en las almas de nuestros abuelos gloriosos; formó las montoneras heroicas y en su poncho listado, amarrado con enviras a las lanzas de tacuara, tuvo la libertad de América su primer bandera.

No es, pues, una imagen vana la que evoco como un símbolo propicio. Es el alma cyranesca del Bergerac nativo, nuestra alma de otras épocas, áspera y fiera, e indominable como una mata de cardos, al par que suave y blanca y perfumada como una margarita de la loma.

Harto se me alcanza que en nuestra época pulida, lustrosa de civilización, disuena la salvaje rudeza del

centauro abuelo; pero no imitemos, negándolo o teniéndolo en menos, a esos pobres rastacueros que, habiendo alcanzado por su suerte o por su esfuerzo, un lugar distinguido en la sociedad, se avergüenzan después, como de un delito, de la humildad plebeya de su cuna La aristocracia de la sangre es una mentira, así en los hombres como en las naciones. Lo único verdad, lo único noble y digno de respeto, así en ellas como en nosotros, es lo que alcanzó el tesón, es lo que conquistó el esfuerzo, la espiga dorada que crece y fructifica regada por el sudor. No reneguemos, pues, de la noble rudeza del abuelo gaucho, torpe y analfabeto, que, a pesar de serlo, nos escribió la historia.

Bien está que las exigencias de nuestra época nos hagan apartarnos de sus costumbres; bien, también, que sobre sus ranchos de terrón edifiquemos nuestras viviendas modernas y opongamos a sus ideas añejas el caudal avasallador de nuestras modernas ideas. Otros son los tiempos y otros los hombres y otros los cauces de las corrientes humanas. El siglo nuestro ha desterrado al suyo, porque es más nuevo y es más práctico y es más fuerte, y fuera tontería pretender que el hombre moderno se amolde a las ideas y a las costumbres y a las aspiraciones del hombre antiguo. Pero viviendo nuestra vida dentro del siglo nuestro, no tenemos por qué renegar de los abuelos que vivieron su vida dentro del siglo suyo. Puesto que somos parte de ellos, puesto que somos su consecuencia.

Así, pues, al empezar este trabajo, en el que pretendo bosquejar la historia del teatro nacional, no he podido sustraerme al deseo de evocar su primer tipo, el precursor, tipo hermoso, grande, sanguinario y fiero del Cyrano gaucho.

El arte, que es humano, está dentro y no por encima de la vida, está sujeto, por lo tanto, a las mismas exigencias, a los mismos cambios y a las mismas transformaciones de la vida. No creo por eso en el teatro

criollo. Nuestra escena debe apartarse de la escena primitiva, y el gaucho debe desaparecer de los escenarios como desapareció de la vida, desalojado por el hombre moderno, que vive, piensa y siente de acuerdo con nuestros modernos tiempos. Pero esa convicción, ese concepto, esa conciencia de nuestros fueros artísticos, no debe llevarnos tampoco al extremo antipático de desconocer nuestros orígenes, ni mucho menos a renegar de ellos.

Hablemos, pues de Juan Moreira, una vez que pretendemos hacer la historia de nuestro teatro.

Fué en la posta de un circo de lona, que cargaban sobre sus espaldas, ambulando por toda la región del Plata, cuatro histriones gauchos; fué en la pista de un circo, donde tuvo su humilde cuna este vigoroso teatro nuestro, que ya empieza a despertar interés en todo el mundo, y que, quizá, como lo creía Garavaglia, está llamado a marcar rumbos al teatro universal.

Y fué Juan Moreira, el gaucho aquel de nuestros bélicos sueños infantiles, el héroe de aquellas pantomimas ingenuas y burdas que presenciábamos de niños, con los ojos dilatados de asombro y el corazón desbordante de entusiasmo, fué Juan Moreira, digo, el que echó sobre la pista de aquel circo los cimientos de este teatro.

Todos le hemos visto de niños y nos hemos identificado con él, como algo que es tan nuestro que hasta vive en nosotros. No es esta, pues, la ocasión de repetir la fábula que todos conocemos. Nuestro Cyrano gaucho, creado a su imagen y semejanza por la fantasía popular, altivo, como todos los gauchos, y hermoso como todas las fantasías, no es en la leyenda sino una de las tantas encarnaciones de nuestra alma nativa, que en la historia se llamó Artigas, o Rivera, o Flores, o Leandro Gómez, y en los anales de nuestra poesía silvestre, Santos Vega, o Martín Fierro, en las sapientes sentencias de la filosofía popular. En la leyenda

no aparece para nada, el bravucón ocioso y peleador que se figuran muchos; en ella es, el protagonista, nada más que un amante celoso de su libertad personal. Y, en este sentido, Juan Moreira, al trazar en el suelo con su facón la raya que ningún prójimo debía pisar sin que le costara la vida, obedecía al mismo espíritu rebelde e indomable de Artigas, al trazar con su sable las fronteras patrias, que ningún extranjero debía borrar sin que le costara la derrota. Y nacido en un tiempo en que no había, por desgracia para él, prodigios libertadores que realizar, obedecía a su espíritu combativo en su afán libertario de abatir al fuerte.

Tal concibió la leyenda, ese dulce poeta que se llama fantasía popular. Puso su alma en su creación, como ponen su alma todos los pueblos en la creación de todas sus leyendas. Por eso Juan Moreira amaba y por eso era poeta y por eso prodigiosamente valiente, como a su manera amaron y fueron poetas y prodigiosamente valientes todos los gauchos; por eso Juan Moreira, aquel Moreira que conocieron nuestros asombrados ojos en el risueño amanecer de nuestra edad primera, no se borrará jamás de nuestra memoria. Porque es nuestra alma de ayer, nuestro pasado, porque somos en él nosotros.

Creo que fué Ingegnieros el que, empeñado una vez en destruir la leyenda de Moreira, desenterró viejos infolios y escudriñó empolvados archivos, para probarnos que nuestro héroe no había pasado en la vida de un degenerado vulgar, con un algo de valiente y un mucho de bravucón. Y probablemente tenía razón Ingegnieros, que la leyenda suele ser como el brillante del químico, una sencilla y tosca piedra de carbón. Pero si esa leyenda nos acaricia y nos perfuma el alma con una dulce sensación de poesía, como esa piedra brilla maravillosamente y nos llena de felicidad el poseerla, ¿por qué ese afán de analizar?

"Jesucristo nunca ha existido"; "Homero nunca ha existido"; o bien: "Jesucristo fué un aventurero"; o bien: "Homero no pasó nunca de un pobre y desamparado mendicante vulgar", nos gritan encaramados sobre la pila enorme de sus mamotretos documentarios, falsos o veraces, los vivisectores de leyendas, los eternos analizadores del brillante de la fábula.

Y bien: ¿qué nos importa? Concedámosles el triste triunfo de llegar un día a probarlo. También el cielo azul, que todos vemos, ya lo dijo Argensola, no es cielo ni es azul. Pero para nuestras almas menesterosas de sublime, para nuestros espíritus sedientos de maravilla, Cristo seguirá siendo siempre Cristo, el dulce hijo de Dios, que nos dió un día el consuelo de bajar hasta nosotros para sufrir con nuestros dolores y llorar con nuestras lágrimas, y Homero seguirá siendo Homero, como ese cielo azul que todos vemos seguirá siempre siendo azul y seguirá eternamente siendo cielo.

* * *

¿Teatro nacional?, se preguntan muchos. ¿Y qué es eso? ¿Y para qué necesitamos eso? Si nuestros actores no son perfectos todavía; si nuestros autores no son maestros todavía; si el tal teatro nacional es deficiente y pobre, ¿para qué fomentarlo?

Francia, España e Italia nos mandan anualmente sus mejores intérpretes para hacernos conocer sus magistrales obras. Guitry, Zacconi, Novelli y Borrás nos son tan familiares a los americanos como a los europeos. Benavente es tan conocido aquí como en España. Y si podemos beber el arte en fuentes como estas, ¿para qué empeñarnos en ensuciar nuestros labios en las aguas todavía turbias de nuestras regionales *cachimbas* artísticas?

Aparentemente asiste a los que argumentan de esta suerte, la más completa razón. Fundamentalmente, no.

El arte es universal, se dice. Hamlet llega tanto a nuestra alma como al alma de cualquier sajón, y una tela de Rembrandt o una escultura de Rodin, dan la misma sensación artística aquí o allá o en cualquier parte. Más todavía. El alma noruega de Ibsen, antes fué comprendida, sentida y admirada en Francia que en Noruega.

Hagamos una ligera diferenciación entre las artes La pintura, la escultura y la literatura misma son artes autónomas. No así la música y el teatro.

"El pensador" de Rodin, o "La Maja desnuda" de Goya, o el "Quijote" de Cervantes, impresionan nuestra alma directamente; bebemos el arte en la fuente misma; mientras que en la música y en el teatro, obra como intermediario el temperamento del intérprete. Un actor sajón y un actor latino, nos servirán en el mismo Hamlet, dos príncipes de Dinamarca emotivamente distintos. Aún entre los mismos latinos, Zacconi, Guitry y Borrás, pongamos por ejemplo, nos darán cada uno, a través de sus distintos temperamentos, la impresión de tres Hamlet distintos y los diversos públicos, por su parte, también los sentirán diversamente y de una manera tanto más intensa cuanto más se acerque a su alma el alma del intérprete.

Lo que quiere decir, que si bien el arte es universal, no puede serlo en igual forma la manera de sentirlo y mucho menos la de hacerlo sentir. Y nosotros somos ya una raza. Nuestro temperamento no es francés, ni español, ni inglés, sino exclusivamente nuestro. Americano; más que americano todavía: rioplatense.

Tenemos, de acuerdo con las necesidades de nuestra vida y con la naturaleza de esta región, nuestra manera de ser, nuestras costumbres y nuestro criterio; nuestra manera de ver y sentir las cosas de acuerdo con ese criterio y dentro de ese temperamento.

De ahí la necesidad de un teatro nacional, de un teatro nuestro, que refleje nuestra alma, que esté en

nosotros; escrito, pensado y sentido en americano como escribimos, pensamos y sentimos nosotros.

Por otra parte, eso de que nuestro teatro sea fundamentalmente malo, no es verdad tampoco. Cierto que todavía es ingenuo, cierto que es pobre; pero cierto e innegable también, que analizándole profundamente se descubre en él un enorme caudal de arte espontáneo, una sinceridad y una amplitud de miras, como no se encuentra así tan fácilmente en todos los teatros. Es que, a pesar del vasallaje intelectual que le rendimos en todo y siempre a nuestra vieja maestra europea en la escena, sin darnos cuenta quizá, hemos sentido la necesidad de ser nosotros. Tenemos un teatro ingenuo y pobre si se quiere, pero incontaminado, sano, autónomo, ajeno a toda influencia extraña, a toda subordinación.

Tenemos un teatro que no se parece fundamentalmente a ninguno; que concibe, realiza y sugiere en una forma absolutamente personal. Y si tenemos eso, ya tenemos bastante, que sabido es que en el arte, como en la vida, lo esencial, lo primordial, lo fundamental, es tener personalidad

Tomemos como base para el estudio de este teatro, la obra de Sánchez. Fué Florencio, nuestro inmortal Florencio Sánchez, el que recogió de la pista del circo el legado de Moreira. Y con aquellos histriones analfabetos que componían la *troupe* de los Podestá y con aquel público hecho a las bufonadas trágicas de los Juanes de toda especie, que habían sucedido al Moreira, el cerebro robusto de nuestro primer dramaturgo hizo un teatro. ¿Cómo pudo realizarse aquel milagro artístico?

EBNESTO HERRERA.

RUY-DÍAZ, EL CID CAMPEADOR DE VIVAR.

I

Ruy Díaz, el Cid Campeador de Vivar,
Ya ganada Valencia, duerme sobre un escaño;
¿Sueña, acaso, en la brega fatigosa del año,
O en las nuevas ciudades que debe conquistar?

Lo que sueña Mío Cid no importa a este cantar,
Sí que en su tienda duerme ajeno a todo daño,
Y mientras se arrebuja entre el rústico paño
Ni la sombra del diablo hácelo parpadear.

—Mío Cid, dice Bermuez, mientras Ferrando fuga,
Poniendo en evidencia su condición de oruga, —
El león de la jaula hase escapado y brama;

Y os amenaza, os vala el criador! —Rodrigo,
Imperturbablemente, le responde: —¡Oh, mi amigo,
Déjame reposar otro rato en la cama!

II

Pedro Bermuez insiste: —Don Rodrigo es prudente
No hacer chanza, la fiera os amenaza. En vano
Pretenderéis ganar más villas al pagano,
Si el león que soltóse os desmancha en su diente.

Entonces Mío Cid, silenciosamente,
Abandona el escaño, libre de armas su mano,
Mira a Bermuez, sonríe, luego al león africano,
Y segunda vez ríe al peligro inminente.

Bermuez, cuyo valor conoce el sarraceno,
Atónito contempla al Campeador sereno
Que avanza paso a paso... La fiera ante Rodrigo

Inclina la cerviz con sumisión vasalla...
Bermuez, el tartamudo, ante el prodigio, calla
Y el Cid muestra una lágrima de reproche al amigo.

PABLO DE GRECIA.

EL HIJO DEL LEÓN

Vicente A Salaverri uno de los fundadores de esta publicación, y colaborador muy asiduo nos adelanta uno de los capítulos de su próxima novela, que retrata la lucha de los hombres jóvenes y preparados en el campo rutinario.

II

Ahora, sin el agobio sentimental de los recuerdos, ha dormido toda la noche. Le induce a levantarse suave claridad gris que entra por un postigo abierto. El cuarto, este cuarto amplio y destartaladote que ha debido mantenerse reservado en ausencia de la familia, molesta a Edmundo con su desaseo. Pocos muebles lo exornan: en el centro, una larga mesa comedor con hule; allá un armario; enfrente el ropero; un lavatorio; una ancha percha rústica, bien clavada en la dura pared. En el rincón más próximo, un escritorio de cajones desencolados; en el de allá — Edmundo ha saltado del lecho y se despereza junto a la palangana — el catre y una mesa de luz; luego sillas; un silloncito, deteriorado, de mimbre; cuadros con fotógrafías de reproductores en las paredes; una tosca rinconera, con varios frascos recubiertos de polvo...

Todo es sencillo, todo es viejo, sin confort. Los muebles fueron labrados con pinotea. El techo de la habi-

tación es alto, ocultando un forro de madera la vista, nada estética, del armazón y la teja: una techumbre post-colonial.

Ya vestido, sale Edmundo al amplio patio, que aparece desierto. Las canaletas del aljibe penden a medio podrir. En la cocina, reducida y humosa, encuentra al mayodormo con la mujer, que sorben mate plácidamente, mientras en el suelo, comido de moscas, un gurí, se frota los ojos pitarrosos.

El matrimonio hace escasos arrumacos a Edmundo; apenas si el hombre balbuce displicente:

—¿Pasó la noche bien?

Por la cocina, el joven escapa al guardapatio, que debió ser hecho con "piquets" blanqueados y siete alambres de acero. Decimos "debió", más que nada por los hilos, pues, a trechos, faltan la mitad. No hay más galas que unas matas de tártago allá dentro: unas matas de tártago, a cuyo alrededor escarban las gallinas. Una perra barrosa le gruñe al dueño y un perrito barcino le hace fiestas, como si adivinara la condición de Edmundo.

—¡Quédese quieto, "Loco"! — grita una voz desde el galpón.

Los peones fuman en rueda, a la usanza india, en cuclillas, esperando que se les llame para tomar café. Son cinco individuos (a todos los cuales hubo de verlos anoche Edmundo, mientras cenaban); cuatro son mestizos, y uno, el que parece más cordial, es un mulato, de tez casi negra. Se llama Abundino y tiene unos ojos nobles y alegres. Cuando se ríe, entre la cárdena pulpa de sus labios, brilla una dentadura equina, y la boca se le va de oreja a oreja. Tiene las córneas estriadas de rojo.

Otro peón es conocido por "Zorrillo". Los bigotes, ralos e híspidos, cáenle a lo chino. Pero debe ser su pelambre hirsuta lo que le vale el mote, porque hediondo, a lo menos en la forma del mulato, no lo es.

Luego está Segundo, con apenas diez y seis años, pero grave, alto y fornido como un adulto en su plenitud. Sus facciones son tan lindas, que recuerdan las de una muchacha impúber.

Al chacarero le llaman "Canario", por ser oriundo de Solís. Es alto, desgarbado, flaco, de tez biliosa, casi amarilla; mira a Edmundo como si previniera un peligro: de reojo.

El último es un viejo, grandote y tuerto, que responde invariablemente cuando se le habla:

—¡Sí, señor! .. ¡asín es! ..

El galpón, grande, resulta chico, porque tiene considerables deterioros y hácese preciso hacinar cuantos frutos — avena, cueros, lana — se depositan allí. La paja brava del techo se ha podrido y, por lo visto, en víspera de lluvias, no hay mira de cambiarla. A la derecha queda el corral y los bretes de la majada, exhalando ese olor agrio, característico. A la izquierda un galpón, de lo más impropio, para las herramientas, y dos construcciones (la última de barro), para los toros y los caballos a pesebre. Atrás — y esto le produce una dura impresión a Edmundo — hállase el ranchito de los peones, y adosado a su pared de ladrillo y barro, el chiquero, donde están los tres cerdos que se van a cebar. De una y otra dependencia sale un tufo que diera náuseas a cualquier persona delicada:

—¡Los hombres y los chanchos juntos! — masculla el ingeniero. — ¡Esto es un despropósito!

Casiano, que le ha seguido, le objeta al punto, encogiéndose de hombros:

—¡Y, patrón!... La gent'el campo no es como la 'e la ceudá. Es más juerte y s'acostumbra a todo.

De nuevo ante la peonada, dice, por ocultar su pésima impresión, Edmundo:

—¿Nos lloverá hoy?

Dos jóvenes miran el cielo, sin arriesgar respuesta, mas el tuerto desliza su muletilla:

—¡Sí, señor!... ¡asín es!...

De haberle dicho lo contrario, el grave don Pauta hubiera respondido lo mismo:

—¡Sí, señor! .. ¡ansí es!...

En esta mañana un poco triste y como desvaída, Edmundo añora los días felices de aquella infancia próvida, que va quedando lejos. Bajo los ombúes cincuentenarios, de anchos troncos amparadores, parécele que va a surgir su padre, el gigantón cándido como un niño, a quien con buenas palabras se le sacaba todo, pero que por malas no cejaría ni ante un regimiento entero. A medida que avanza, reconoce lugares. El clarín de los gallos taladra el espacio con su agudo sonido; unos pollitos claman nerviosos en torno de la madre, que alarga su cuello atornasolado y elástico descubriendo una opípara lombriz de tierra.

—¡El café! — grita la mujer del capataz, desde la puerta de la cocina.

Y los peones salen del galpón y pasan frente al ingeniero; en todos los ojos hay vislumbres de desconfianza. ¿En qué radica aquello? . ¿Es el carácter rústico? ¿Acaso desconfían o es que el mayordomo los ha complotado?

Y, sin embargo, Edmundo habrá de valerse de alguno de estos hombres para saber, a ciencia cierta, qué es lo que, desde hace muchos años, está pasando en la estancia.

Da más pasos. Sobre la cabeza del joven se alza sagrado, como una eucaristía profanada, el disco de la luna.

Adviértese este otoño un poco de sequía. Cuando asciende el sol, los campos, qué fueron de un verde olivà intenso, al amanecer se tornan amarillos. Los viejos ombúes languidecen ya, presintiendo los fieros fríos invernales, y las acacias tienen hojas de mustio color flavo. Hacia el sur galopan nubes de tormenta, y el

sol, que surgiera de pronto, como un rubí inmenso, a medida que asciende, se achica y decolora. En los altos espartillales brilla, hecho iris, el rocío.

El paraje es ondulado, con escasa vegetación, sin más pompa que altas matas de tártago, entre cuyas hojas, anchas y musicales como los pámpanos de Chipre, yérguense airosos racimos conteniendo la medicinal semilla oleaginosa. De trecho en trecho, hacia el norte, una aglomeración de sauces marca el sitio por donde se desliza, cauto y traicionero, el arroyo, un arroyo que parece manso y cuenta en su haber la desaparición de muchos centenares de ovejas. Unas ringleras de árboles cina-cinas (debieron ser antaño cerco), se extienden allá léjos, bordeando una tierra desigual, que se conoce que fué arada. En torno a los límites de la estancia se ven varias casas de material y algunos ranchos sórdidos.

En su cuarto, le sirven a Edmundo el desayuno. Y mientras lo toma, más que con glotonería con prisa, piensa en lo que iba a sufrir su madre viendo la suciedad de aquella casa que ella, otrora, había limpiado tanto.

¡Cuán lejos el buen sentido de los cabañeros norteamericanos, cuyas residencias son verdaderos parques!

Como espera a que le ensillen el caballo, vuelve al galpón, pero esta vez no encuentra a nadie. Mientras se obstina en descubrir el contenido de unas bolsas, surge la figura aventejada de don Pauta, al que interroga:

—¿No sabe si me fueron a ensillar caballo?

—¡Sí, señor!.. ¡asíme es!...

Ve que entra el mayordomo, seguido del mulato Abundino, en el galpón de los toros, y Edmundo sigue a entrambos. El mayordomo se jacta:

—¡Ve, patrón!... ¡Esto se llama envolver un reproductor en grasa! Por aquí cerca no hay quien los tenga ansina.

—¡Claro, como que es un disparate!

Y el ingenierito cabecea ante la irritada estupefacción de su empleado:

—Si se tratase de un novillo, me parecería bien este exceso. Puede que ganáramos ahora el premio, en la exposición de gordura.

Y ante el largo mohín díscolo del mayordomo, inquiere:

—Desde que yo los mandé de Norte América, ¿han dado estos toros muchas crías?

La respuesta es a la manera gaucha, muy vaga, imprecisa:

—Rigular.

—¿A qué le llama usted regular? — conmina el ingeniero — Entendámonos: regular a secas no es nada.

Entonces el otro concreta:

—Unos cincuenta terneros por año.

—¿Cada toro?

—¡Uf, dónde va?.. Entre los dos...

—¡Es un desastre!

—¿Y ande'ha visto qu'un toro cubra más de treinta vacas?..

—Si son toros de campo, naturalmente que no; pero le galpón, sirve ciento y hasta ciento cincuenta. Es cosa de saberlo llevar.

—En l'Uruguay no pasa eso; en l'extranjero podrá ser.

Edmundo se descompone:

—¡Usted no sabe nada!

—Mire, patrón, que soy criao en el campo.

—También son criados en el campo los ombúes.

—¡Pero los hombuses no son cristianos, no hablan!...

—¡Y a muchos hombres les haría falta también no hablar!

El mayordomo se amosca:

—¡Con que no le pregunten a uno!...

Dando vueltas de león enjaulado, el mozo ha balbucido como en un soliloquio:

—¡Qué falta de buen sentido!... Naturalmente, los animales, de puro pesados, no trabajan!

—¡A gente que los ha visto l' han llamao la atención! — intenta justificarse el otro.

—¡Claro, como si usted se exhibiera pesando doscientos kilos!

El pardo Casiano, que entra en ese momento, presume de ocurrente:

—¿Sabe lo que pasa, patrón?... Que los animales extranjeros son poco enamoraos. Pasa lo que con los gringos: pa uno que salga diablón, los demás no dan juego, aunque le busquen muchachas gordas y lindas.

Como buen rústico, Casiano antepone á la belleza femenina, la opulencia carnal.

El mayordomo festejó con una risa forzada el ingenio de su subordinado. Es un hombre alto y enjuto, de ojos pequeños y asombrados, nariz corta, frente exigua y pómulos salientes. Estas prominencias faciales se exageran al sonreir. Camina con cierta rigidez, dando juego á la rodilla y quitándole elasticidad a la planta del pie. Siempre tiene un flaco pucho entre los labios. Para gastar menos tabaco, hace los cigarrillos finitos, hasta el punto de poder cortarle, impunemente, un borde de a centímetro, al papel de alquitrán.

—¿Y de verduras, cómo andamos? — se interesa ahora Edmundo.

—Cuando hay quien plante, n'andamos mal.

—¿Y quién es el que planta... cuando hay? — profiere el joven con retintín, ante la salomónica aseveración de Lorenzo.

—¡Algún pión!

Edmundo quiere tener paciencia, pero siente que la flema le abandona. Es ahora un Albes:

—¡Hace falta quintero!

El otro, en vez de asentir solícito, sin mirarle la cara al dueño, rie con socarronería:

—¡Hacen falta tantas cosas aquí!

La velada insolencia le hace mal y el ingeniero la contesta, con un leve temblor agresivo en las manos:

—¡De eso me estoy dando cuenta desde que llegué!... ¡De que hacen falta muchas cosas!

Asomando por la puerta de la cocina, la mujer del mayordomo grita providencial en ese momento:

—¡Lorenzo!... ¡Lorenzo!...

El hombre se va y no sobreviene la ruptura que el pardo Casiano ya estaba temiendo.

No olvida Edmundo la pésima impresión que recogió anoche, al examinar los libros de la estancia, llenos de faltas de ortografía, de precios hinchados y de borrones:

—¡Es este quien nos debe robar! — rezonga para sí, sin poderle arrancar a sus ojos la imagen magra y antipática del mayordomo.

Don Lorenzo (como le dicen los subordinados) no vuelve por los galpones, sino que alarga su busto por la puerta de la cocina, vociferando:

—Abundino, mirá a ver si el capataz ha ensillao.

Y luego otra orden que al joven dueño se le antoja chocante:

—¡Pueden darle un caballo al patrón!

. . . . . .

. . . . . .

Recorriendo potreros, Edmundo no se olvida del grito atrabiliario: "Pueden darle". Don Lorenzo le protege, ya está visto.

De repente, corta la sonrisa irónica y medita: ¿Entre qué sujetos ha caído?

El temor de su madre, ante aquel intrépido y confiado viaje, ¿tiene justificación?

¿Acaso hay más que el horroroso recuerdo de un crimen absurdo que la dejó viuda?...

Solos durante años, haciendo y deshaciendo, torpemente, a su antojo, se ve que don Lorenzo y los allegados consideran aquello como "tierra conquistada". Se creen dueños de la estancia y va a ser necesario poner fin a un estado de cosas completamente anómalo.

¡Aquello es suyo!

Allí dispone solamente él y, mañana mismo, va a ser preciso inculcar el principio de disciplina, cueste lo que cueste.

Don Lonrenzo ve a Edmundo joven y menudo, y piensa que va a poder tratarlo como si fuese una criatura. ¡Pero se equivoca! Los brazos del joven son musculosos; su cuerpo, ágil, como que ha practicado en Norte América todos los deportes. Conoce, a la par del primero, el manejo de las armas.

Si los otros piensan jugar con él, Edmundo va a darles una lección muy dura.

VICENTE A. SALAVERRI.

EL RUEGO

Bajo el parral de donde cuelgan, prietas
Y lucientes, las uvas,
Las moscateles ya casi maduras,
Hoy he tendido la mesa.
¡Dios quiera que esta noche él no demore,
Ni que, como otras veces,
Con sus amigos por "el centro" cene,
Mientras yo aquí, ¡tan sola!,
Concluyo por llorar si es que no viene!

El reloj me da miedo.
¡Ah, siquiera se acuerde
Cómo crece mi afán en tanto espero!
Hoy he comprado fresas
Grandes y rojas como a él le gustan.
Si no tarda, ¡qué linda nuestra cena
En el patio fragante,
Bajo la parra espesa!...
¡Ahórrame, mi Dios, la cruel angustia
De sentarme hoy también, sola, a la mesa!

JUANA DE IBARBOUROU.

ESPERO Y DESPUÉS...

—No, Enriqueta: la crítica en este caso compromete tu buena reputación. No se juega así, impunemente, como tú lo haces, con tres o cuatro hombres a la vez.

—Si fuéramos a sujetar todos nuestros actos a las veleidades de tan augusta matrona, estaríamos bien frescas. La crítica social, cuando quiere cebarse en nosotras, las mujeres, lo hace aún sin fundamentos. Basta que una voz acusadora se eleve de la turba, para que nuestro nombre ruede de boca en boca hasta el pantano infecto...

—Es que tú das motivos... En el transcurso de la semana hablas con tres distintos pretendientes, y eso, como comprenderás, no es noble... Si lo hiciera alguna de tus amigas quizás fueras la primera a censurarla...

—Si eso afirmas revelas no conocerme. Jamás he censurado faltas ajenas, y menos aún hechos tan inocentes como los que tanto te llaman la atención. Creo, además, que ninguna mujer se encuentra limpia de semejante pecado...

—Pero lo ignora la mayoría... Si tal delito cometen, hacen lo humanamente posible para que no trascienda al mercado de la murmuración. Recatadas, se cuidan mucho, y aunque en su fondo hipócritas, son invulnerables a la maledicencia. Se puede blasonar de honrado, valiente y generoso, ajustando únicamente todos los actos de la vida pública al control de los demás, a las apariencias, al qué dirán...

—Actitud que coarta el derecho que nos asiste para mostrarnos en público tal como somos, virtuosas o inmorales. . ¡Es curiosa la lógica de las gentes! Por un lado sanciona el vicio, la inmoralidad y el fraude, siempre que éstos se practiquen en el seno del hogar, donde son más violentos y vituperables; y por otro, simula un desprecio que no siente, cuando el que los practica tiene la audacia inaudita de ostentarlos en público... Es la sanción de la gazmoñería... Y aún hay quien se atreva a condenarnos por gazmoñas y prejuiciosas!...

—Yo no sostengo semejante disparate.

—Sin embargo, es lo único que se deduce de tus palabras...

—Una deducción falsa... Vivimos en medio de un cúmulo de prácticas que es necesario respetar, aparentemente y con todas las violencias que tú quieras, con el fin de evitar injustos reproches, cuyas consecuencias únicamente nosotros sufrimos... Admito que se desconozcan algunos preceptos sociales, siempre que dicho desconocimiento no entrañe un peligro para nuestras aspiraciones futuras; pero, de esto a sancionar todo aquello que insensiblemente nos aleja de nuestros semejantes, va una profunda diferencia... Además, ¿qué ventajas obtienes en jugar con tres pretendientes?

—Las mismas ventajas que ustedes los hombres obtienen cuando juegan con varias mujeres a la vez ..

—Es que a nosotros nos está permitida la elección... Si miramos a una y a otra, es para buscar, en la corriente que pasa, la que más nos conviene o colma mejor nuestras conveniencias económicas o sociales... Tú, como mujer, estás en muy distinto caso...

—No alcanzo a comprender la causa de esa diferencia.

—Fácil es, sin embargo... Dirige la mirada a tu alrededor y comprenderás que es ley social...

—Y como tal, severa e inatacable... ¿Yo, mujer, según esa ley, debo esperar, como un objeto de lujo expuesto en los escaparates de un bazar, que alguien pase, estudie las ventajas de mi posesión, si convengo o no a sus fines buenos o malos, y me adquiera en propiedad sin que se me conceda el derecho de aceptar o rechazar al comprador? Ridículo lugar deparas a la mujer, que, según las crónicas, es el alma de todas las reuniones, la que todo lo colma y espiritualiza...

—Yo no la coloco en ninguna parte... Sostengo únicamente que existe una ley sancionada por los siglos, que constriñe enérgicamente a la mujer la manifestación amplia de sus sentimientos... Ella, aunque no es electora, puede hacerse elegir por el hombre que más vivamente colme sus aspiraciones de futuro... Todo depende de su tacto más o menos hábil...

—¿Y la que no lo tiene?

—Que lo adquiera a trueque de cualquier pequeño sacrificio.

—Es lo que actualmente hago. Me falta esa rara habilidad femenina para adquirir un hombre, esposo o mártir, y la practico atendiendo y empleando iguales deferencias con mis tres pretendientes... ¿Hay en esto algún grave delito?

—Sí; pues que van contra la costumbre general... Esta, que no te condena a un solo pretendiente, te autoriza para que tengas todos los que quieras o como tales se te demuestren... Lo único que te prohibe es que hables con todos a un mismo tiempo, lo cual es muy distinto...

—¿Aunque sumamente ridículo?

—Sí, muy ridículo, todo lo ridículo que tú quieras, pero es así, y como tal es necesario aceptarlo.

—¿Se nos prohibe innovar?

—No; no les está prohibido... pero ocurre que todas las innovadoras han sido despiadadamente sacrificadas, antes, mucho antes, que por sus innovaciones

hayan logrado prosélitos... Tú puedes innovar si así te place y es tu voluntad, pero debes tener en cuenta que te sacrificarán...

—¿Y si triunfo?

—Entonces todo cambia de especie... Mientras tanto la murmuración ha empezado su obra... Ayer eran tus propios amigos y amigas los que censuraban acerbamente tu extraña conducta... Mañana serán tus mismos adoradores que no aceptarán las razones que les brindes para sincerarte, sujetándolos a una prueba a la cual es muy difícil someterse...

—Desplegaré todas mis argucias de mujer. Alguno de los actuales pretendientes o de los que aún han de venir, creerá en mi sinceridad, pues no todos los hombres, sin excepción alguna, se sienten capaces de quebrantar el ascendiente que la mujer ejerce sobre su temperamento...

—Todos no son capaces, con la diferencia que los que a ti se dirijan, lo serán.

—No te entiendo... Explícate con más claridad... ¿Por qué los hombres que a mí se dirijan podrán sustraerse a mi ascendiente? ¿Tengo algún defecto? ¿Acaso no soy hermosa?

—No tienes ningún defecto físico y, más aún, eres hermosa y agraciada... No creerán en tu sinceridad, porque tu conducta, que desde ya se censura, se opone a dicha creencia... Además, todos los que te pretendan, más que por tus condiciones personales, se acercarán a ti por la fama que habrás adquirido, cuando no por la calumnia de los que, víctimas de tus desdenes, se han vengado pregonando tu deshonra...

—Sabré demostrar que todo lo que de mí se diga, es falso... Habrá quien me lo crea y cuando eso ocurra y esté convencida de que es uno de los tantos que vinieron hasta mí ilusionados por una conquista fácil y rápida, se haya dispuesto a casarse conmigo, abandonaré la conducta observada anteriormente, destinando

todo mi tiempo al fomento de ese propósito... ¡Y tan segura estoy de que pronto me casaré! ¡Son tan ilimitados los recursos que poseo! ..

—¿Si llegaran a fracasar todas esas seguridades de futuro?

—Tengo 25 años... Quiero ser pesimista y creer que aún me restan algunos años de espera, hasta los 30, por ejemplo... Bien: espero tranquilamente hasta esa edad, y después...

—¿Después, qué harías?

—¿Qué haría?

—Sí, mujer; si llegando a los 30 no te hubieras casado y todas las probabilidades de poderlo hacer se hubieran extinguido... ¡Tú no eres rica!...

—Entonces... Pondría todas mis ansias de mujer en subasta pública...

—¡Cómo!

—Como lo oyes... Por ahora espero y después... lo verás .. No he de quedar para vestir santos. .

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.

LOS FANTASMAS

Una noche de alucinaciones.
Fría y blanca
como esculpida en mármoles eternos.
La ligera brisa,
de las horas nocturnas,
habíase detenido de improviso
y una inquietud pesaba,
como un presentimiento, sobre el alma.
Sin embargo,
dulce era la noche
con la irradiación de las estrellas.

La Loca golpeó sólo una vez a la puerta:
¡Abre!
Dora saltó del lecho de ébano,
semidesnuda y corrió hacia la puerta,
con la febril curiosidad de un niño
en una noche de Reyes.
Su cabellera roja
paseó la estancia en sombras
como una llamarada,
Un hombre blanco destacóse,
libre de la camisa negra, como una estrella
en la noche y sus ojos claros,
con ojeras oscuras, eran como dos ánforas
para beber la vida y la muerte,
el dolor y el pecado.

Marcos, exangue,
no se murió en el lecho.
Estaba helado
y pujaba por arrancar el corazón del pecho
que lo ahogaba

Entró la Loca Y como una lengua
de hielo, se les entró por las narices
les lamió el cerebro y se fue
hasta el alma

—¿Sientes?
—¿Qué?
— El gemir de las pobres almas
en el Infierno

Marcos suspiró Dora
volvió a interrogarlo:

—¿Sientes?
—¿Qué?
— El trotar de los corceles
de los invictos caballeros,
que van en busca de las cautivas
a la tierra de los infieles

Marcos abrió aún más los ojos.
Se incorporó en el lecho No dijo nada..
A ella le floreció en los labios
una sonrisa boba
—¿Sientes?
—¿Qué?
— Los martillos del Día
que golpean en la fragua de la Noche.

Marcos abrió la ventana.
Como en una maravillosa urna,
las estrellas caían
en el alba.

—¿Sientes?
—¿Qué?
— El fresco aletear de las palomas rosadas.

Rompía el día. Del horizonte
partió una sombra .
Era un jinete negro,
que venía galopando en un caballo blanco
hacia ellos.

—¡Mira!
—¡Sí!

Dora se prendió, como con garras,
al cuerpo de su hombre.
¡Ay! ¡No me dejes sola! ¡Es la Muerte
que llega!

Cayeron abrazados,
muertos, a la primera luz del alba

CARLOS CÉSAR LENZI.

SOLIDARIDAD

Allá... en el País del Ensueño y en el Bosque de los Pájaros Azules, dos jóvenes se encontraron tras una lucecita blanca, armonía sublime de todas las almas de los colores. Y he ahí que esa lucecita sabe de nuestros fines: solidaridad interna, consorcio de los espíritus en contactos apacibles "como un claro de luna", receptores abiertos a una misma vibración estética, sugestiones recíprocas de ideas, que fecundan yendo de cerebro a cerebro, como el polen de planta a planta, síntesis en una conciencia colectiva, de los matices que irisan todas las testas y con los cuales las ruecas mágicas del criterio hilan la hebra blanca del equilibrio psicológico...

Stirner de pie, el egocentrismo clama: "Mal haya toda causa que no es entera y exclusivamente la mía... Soy, como Dios, la negación de todo lo demás; soy, para mí, todo; soy el único.. Mi causa no es divina ni humana, no es ni lo verdadero ni lo bueno, ni lo justo, ni lo libre; es lo mío; no es general, sino única, como yo soy único".

"Nada está, para mí, por cima de mí.." La egolatría — por un fenómeno de perspectiva — no ve más que sus altares, donde quiere que todos se hinquen a adorar *su único yo imperativo*. Cree que todas las esferas pitagóricas giran en su torno y que nadie más que "su único" oye la sinfonía celeste. El Universo — en la Metafísica de Pascal — tiene centro en todas

partes y periferia en ninguna. En realidad, cada hombre es como un punto alrededor del cual gravitara un mundo psíquico. El error estriba en la creencia de que nuestro Cosmos sea el *único*. Deslumbrándose con ilusiones que arden bajo el cráneo, no se advierten las linternas que todos llevan más o menos encendidas.

La prueba de que la base del egotismo es movediza y deleznable, está en su propia médula: Nadie soporta menos la egolatría, mirada de afuera, que un ególatra. Rechaza con violencia que su ley se convierta — como diría Kant — en ley universal.

Sin sostener con aquel tierno, sensitivo y hondo corazón de nazareno, que se llamara Guyau, que "en la negación del egoísmo es donde tanto la estética como la moral deben buscar lo que no muere", pensamos que Ego enrojecido es un Sahara de la Etica.

El amor propio — si invade como un cáncer — es el peor enemigo de la solidaridad, que no excluye, en manera alguna, los recogimientos silenciosos y meditativos. Es legítimo y necesario siempre que lo limiten el reconocer y respetar las otras vidas que llamean más allá de las nuestras. El secreto del triunfo — dijera Pi y Súñer — radica en *saber limitarse*.

Lo infalible no mira al hombre: "Mira a lo divino". Y aún los dioses — en el pensar de Nietzsche y en el cantar de Heine — *¡ha mucho tiempo que han muerto!*

Sobre la negación, todo es fugaz como un "batir de alas". El reconocimiento de los valores positivos es deber de toda inteligencia comprensiva. Y de ahí sube una de las venas que surten al corazón de afectos simpáticos y solidarios.

El sentimiento de "único" quema y a su calor se funde el oro de la amistad. El individualismo inflamado y hermético separa — con el espesor del odio — a dos cabezas que se tocan. En sus dominios, toda relación es epidérmica y calculada como en una Aritmética de Bentham; y en roces ásperos, de cada mortal ha-

ce una prevención. Así; ni soñar en uniones internas, en solidaridad afectiva e ideológica, que sin muerte del individuo en amalgama amorfa, puede afianzarse en ambiente de comprensión, de tolerancia, de amplitud.

En el progreso intelectual, las ideas van de las almas más nutridas — afirmándose en éstas — a las almas menos nutridas, como buscando el equilibrio sin bajar el nivel de lo alto. Parece que el conocimiento se transmitiera — en la comunión de los espíritus — obedeciendo a ley análoga a la de Newton, en las transmisiones del calor, con la diferencia de que la cabeza más cargada, no empobrece en cada corriente: se aclara y se organiza. En este viejo solar, brillan inteligencias con la naturalidad de Sirio. De ellas la cumbre. Y congregarnos a sus claridades es uno de nuestros propósitos más sentidos.

La Vida enciende siempre un ideal, como una flor luminosa. Nada más desinteresado que el mismo razonar de los utilitarios, al defender su doctrina. Cuando Reyles escribe: "Sed interesados y duros para realizar los deseos secretos de la Vida y servir a los hombres", ¿mueve la pluma bajo la mirada del Príncipe Rubio? En la frente del libro: "La Muerte del Cisne"; pero dentro, la resurrección en un lago azul de belleza. La dialéctica de Reyles no busca vestir de amarillo en palacio de oro: busca la Verdad, por ansias íntimas, por deseos extraños al Príncipe Rubio, por inquietudes morales, por instinto estético.

Saber soñar es la sabiduría del sentimiento. "Sepamos construir nuestros sueños — habla France a los estudiantes de París; — sepamos darle una estructura científica. Con esta condición es útil y es bueno ser soñador..., sin las utopías, los hombres vivirían míseros y desnudos en las cavernas. De los sueños generosos salen las realidades bienhechoras".

Es necesario convencerse de una vez que *el pensamiento no sólo "no tiene patria", sino que tampoco tiene profesión.* Desde el más modesto de los miradores internos, puede exclamarse con el poeta de *Oriflamas:* "Más allá de la sombra, más allá del dolor, hay un miraje de esperanza, se abre una perspectiva de luz".

A Ibrahim — el astrólogo en las maravillas del Alhambra — bástale una abertura, que es como una pupila de su caverna umbría, para leer el porvenir en el rotar de los astros. Lo mismo a nosotros: una pupila abierta al Ideal, sírvenos para recoger rayitos del porvenir, que bajan de puntos ígneos de cielos desconocidos y piadosos. Mas el Ideal sangra y palidece si un "enérgico querer" y una acción tenaz no nos elevan y aproximan. Concebido, hay que irlo realizando, si no se torna cadáver. El triunfo sobre un obstáculo es acicate para nuevos triunfos. La voluntad que no se ejercita, caduca, y decepcionismos y desesperaciones muerden nuestra vida por dentro, como los ieneumónidos a sus ninfas huéspedes — dormidas para la acción, despiertas para el dolor — cuando les devoran las entrañas respetándoles el sistema nervioso hasta su última hora, y así sufre todo el pesar y toda la angustia de un organismo que se deshace en mandíbulas de larvas!

Nuestra causa no se basa — como la de Stirner — en "el único", sino en todos. — Nuestra obra es colectiva y reclama una voluntad colectiva. Nadie — como afirmara Ibsen — vive en la sociedad completamente irresponsable. Mientras la muchedumbre no mire al cielo, no podremos consolarnos observando con Enjolrás — el aventajado discípulo de Próspero, en las páginas excelsas del Maestro cuyo nombre es nuestro blasón — *que aunque ella no mire al cielo, el cielo la mira.*

Creemos que todo el que sepa de constelaciones tiene el deber de enseñar a que se levante la vista. ¿Cuál el poder de los sabios en el progreso humano, si toda

su sabiduría no va más allá de los sabios? ¡Quiénes cosechen simientes en los libros, en las reflexiones o en el laboratorio, que las siembren en todos los surcos; no importa que muchas no germinen en tódas las tierras y en todos los surcos; no importa que muchas no germinen: Para responder a la humanidad que habla en nosotros, basta que una prenda y prospere

CLEMENTE ESTABLE.

AL HIJO

¿Dónde estarás? En la tiniebla eterna
Hundo mi pensamiento poor buscarte
Y darte vida, antes que la vida
De la fugaz materia me separe
Yo sé que vives, que en mi senda vagas,
Que eres un soplo que sacude mi alma,
Que te adentras en mí, que te extenúa
Una ansiedad sin límites, amarga,
Y que imploras, imploras, y no puedo
Saber si pides
Según eterno en la tiniebla eterna
O palpitar con forma
En la fugaz materia.
Sé que puedo arrancarte
De tu nimbo de sombras,
Darte la humana forma
Para que puedas, como yo, en el mundo,
Rodar como un sonámbulo de auroras;
O que puedo dejarte
Solo en mi idealidad torturadora,
Siendo en la eterna niebla
Clamor que todo mi interior lo puebla
De una plegaria que no sé qué implora.

(¡Oh tortura,
Recóndita amargura,
Terror que anula, interrogante frío
Suspenso como un símbolo en la oscura
Vacilación del pensamiento mío!)

¡Saberme tu creador, y no poderte
Dar mi imagen para no perderte!
Y así ¿cómo serás tras de mi muerte?

Si te dejo en la nada ¿será un crimen?
Y si te doy la palpitante vida...
¿Serás felicidad... dolor... partida...
O de aquellos que nunca se redimen?

ARTURO S. SILVA.

"ESTUDIOS INDOSTÁNICOS"

De José Vasconcellos

El autor es un hombre de estudio, actual Rector de la Universidad de México y que posee profundos conocimientos filosóficos, especialmentes de los místicos clásicos y de oriente. Pitágoras y Plotino, como la filosofía oriental, le son familiares, y eso aparece desde luego en el libro que motiva esta nota, en el cual es preciso considerar dos cosas: el estudio de la filosofía hindú, y las opiniones personales del autor, expuestas al margen de la exposición de aquélla. En el primer aspecto el libro resulta más completo que en el segundo, pues se notan apresuramientos y opiniones vertidas sin mayor contralor.

Como libro histórico, sin embargo, es serio, claro, y servirá para vulgarizar ideas que solamente pueden conocerse en tratados que no están al alcance de todo el mundo. Y aunque se tuviera al principio la esperanza de que el estudio del pensamiento antiguo de la India ocupara el primer lugar, tiene, en cambio, la ventaja de mostrarnos cómo se han formado las corrientes contemporáneas del pensamiento indostánico que tanta importancia tienen en el pensamiento actual del Occidente. Es así como tenemos una síntesis clara de las ideas de los yoguis de la escuela Vedanta, de las sectas de Ramanuga, etc., en su verda-

dera significación original, con las proyecciones que tiene en ellas ese antiguo pensamiento brahmánico, sin las influencias de la propaganda que los ha desnaturalizado. En ese sentido puede el libro servir de corrección a las doctrinas vulgarizadas bajo el nombre de teosofía, o esoterismo místico, que arrancan de las opiniones de la Blavatsky y sus discípulos, para extenderse en centros de propaganda muy en boga.

Por otra parte, a los hombres de Occidente, tan dominados por el espíritu universitario, les hace mucho bien penetrarse un poco de las extraordinarias doctrinas de Oriente, aunque más no fuera para combatir el excesivo materialismo ciencista, tal como lo pretende nuestro autor, y corregir, en un momento de desconcierto espiritual, la idea de un progreso concebido como el triunfo de las apariencias brillantes. Estamos con el autor en que no puede concebirse como países progresistas los que solamente han derrochado su energía en obras aparatosas, como diques, gigantescos buques, enormes edificios o populosas fábricas, porque eso no ha aumentado, y quizás ha disminuído, la felicidad de los hombres o la quietud espiritual. Pero esto no debe inclinarnos, como lo hace Vasconcellos, a rechazar como progreso todo lo que no sea conquista espiritual. Bergson plantea el problema en sus verdaderos términos, en una conferencia pronunciada en la "Sociedad de Investigaciones Psíquicas". La ciencia de Occidente se ha preocupado casi exclusivamente de aquellos conocimientos que tienen una aplicación mecánica; los hindúes han considerado casi exclusivamente, también, el espíritu. Vasconcellos presenta como una necesidad tomar un camino o el otro, y prefiere el del espíritu, pero conviene no olvidar la maravilla que nos ha dado el primer criterio, nada más que con una forma de actuar: el de la precisión. Un criterio que nos obligara a abandonar todo lo que puede haber de pedantesco o cerrado en nuestro conocimiento, nos permitiría, también, dar a la ciencia del espíritu una importancia insospechada. Ahí estaría la solución, que consistiría en obtener la síntesis de las dos culturas, corrigiendo el afán inquieto actual con una fuerte aspiración moral y espiritual. El Occidente ha dejado un poco de lado el espíritu y nos ha dado, en cambio, una forma de progreso aparatosa y exterior. El Oriente ha vivido sólo con el espíritu y resulta su fórmula de progreso difícil, en parte, de adaptar a las necesidades de las grandes poblaciones, a las dificultades de la producción y de vencer a la naturaleza; cuestiones que olvidan un poco los que, como Vasconcellos, creen todo resuelto con la adaptación de una doctrina que contemple la actividad del alma. Por ahora podremos aceptar que los problemas se simplifican, no olvidando las influencias que vienen del espíritu.

La fórmula que se presenta en los "Estudios Indostánicos" para calificar la civilización de Occidente resulta esí exagerada, y este carácter se nota más en diversas cuestiones que se plantean en el libro como incidencias de este problema central.

Es así, por ejemplo, que no puede considerarse, como Vasconcellos, que la intensidad espiritual aparece sólo en los países de clima cálido. Si comparamos la India con el Norte de Asia, esta fórmula resulta cierta, pero, en general, no lo es... La América, tanto la actual como la antigua, nos proporcionaría sorpresas con un ligero estudio: del lado de Occidente, por ejemplo, los Incas, las civilizaciones Mayas, etc., aparecen en la zona tropical, con mayor desarrollo espiritual comparados con los pueblos de países más fríos; pero, en esa misma zona, se encuentran todas las otras tribus: especialmente en el Norte y Centro del Brasil, ¿no tenemos una civilización manifiestamente inferior, aunque de clima igualmente cálido? En cambio, allí podríamos tener las dos líneas divergentes de progreso. Por una parte, la tendencia incásica al desarrollo

espiritual, por la otra, la tendencia guaranítica al conocimiento práctico de la naturaleza, habiendo llegado a un progreso extraordinario en Botánica y Zoología.

El progreso espiritual obedece, por tanto, a razones más complejas y el criterio de Vasconcellos es unilateral y simplista; la parte de influencia de la naturaleza se refiere a configuración del suelo, vegetación y quién sabe qué otras causas que no pueden individualizarse suficientemente.

Y si dejamos el pasado, la América actual tampoco serviría para apoyar las teorías de Vasconcellos. Hay tres zonas que pueden individualizarse desde el punto de vista espiritual.

El Brasil, en pleno clima tropical, es el único país en el cual el positivismo se ha arraigado de tal modo como ciencia nacional, que todas las innovaciones filosóficas se juzgan de acuerdo con lo que modifican o conservan del positivismo. Este es casi una religión nacional. En México, en cambio, gracias al esfuerzo de hombres como Caso, Nervo, Madero, el mismo Vasconcellos, que en distintos aspectos han sido los directores espirituales de la juventud, la filosofía mística ha adquirido raíces hondas en el ambiente y no aparece como creencia aislada de algunos hombres: sin embargo, México es menos tórrido que el Brasil. Nuestras repúblicas del Plata, con un clima menos cálido aún, no tienen ninguna tendencia dominante: predomina un dilettantismo que hace apreciar todas las orientaciones sin apasionarse por ninguna: estamos como a las puertas que conducen a distintas civilizaciones y recibimos todo sin emocionarnos por nada, conservándonos siempre espectadores curiosos; y cuando tomamos partido por algo, no perdemos esa actitud de espectadores.

He ahí las tres únicas zonas que tienen un carácter especial en la América latina, desde el punto de vista

filosófico y, sin embargo, en ninguna de ellas se ratifican las conclusiones de Vasconcellos.

Es que la parte más floja del libro consiste en las conclusiones de carácter científico. Y del mismo modo que no resiste a una crítica seria la afirmación referente al clima y a las civilizaciones, tampoco pueden sostenerse ante el análisis, las otras conclusiones deducidas de la filosofía de los yoguis relacionadas con la alimentación carnívora como contraria al progreso; que aparecen como afirmación de carácter polémico y que desentonan con la expresión elevada de las otras doctrinas, realmente filosóficas, que tiene el libro.

Hay, al parecer, en Vasconcellos, un poco de descuido en la preparación científica, o bien un afán de negar hechos para sostener una idea determinada: tal ocurre, por ejemplo, al sostener, sin mayor verificación y para justificar la creencia yanqui, de que la respiración es la fuente de la vida, que en el mar los organismos superiores viven cerca de la superficie.

Los trabajos que tanto deben al príncipe de Mónaco, los estudios hechos por las expediciones, desde la del "Challenger" hasta las del "Albatros" y "Valdivia", con los trabajos de Agassiz, Lendenfeld, Brauer, etc., han hecho conocer una fauna extraordinaria, de animales tan complejos y aún más que los viven en la superficie, a las profundidades más grandes a que se ha podido llegar, hasta 5,000 metros. Y esos eurypharinx, macrostomios, cætophrys, etc., pescados en distintas expediciones, son la prueba más acabada de lo que venimos refiriendo.

Todos estos detalles del libro afectan un poco su solidez y lo hacen, a ratos, ingenuo, a pesar de las sugestiones interesantes que de él brotan sobre cuestiones sociales y problemas relacionados con las mismas; y del ideal que se desprende, hecho a base de pensa-

miento, cultura, desprendimiento y gracia que condensan una fórmula sintética de ideal humano.

Pero es raro que se hagan en la América Latina, con la intensidad con que lo ha hecho Vasconcellos, estudios profundos de cuestiones filosóficas y mucho más raros son los libros que condensan un esfuerzo tan hondo como éste.

Tal es el motivo que obliga a extendernos en considerarlo y esto contiene, implícitamente, nuestro más alto elogio.

ANTONIO M. GROMPONE.

GLOSAS DEL MES

Notas de casa

Desde el número próximo PEGASO incorpora a sus secciones habituales una crítica de arte, que nos promete un intelectual ventajosamente conocido en nuestro medio: el joven Carlos Herrera Mac Lean.

PEGASO ha logrado con ello una valiosa conquista y se apresura a anunciarla a sus lectores, en el convencimiento de que la incorporación de tan prestigioso redactor dará lugar a bellas páginas de arte y de crítica, que son elementos imprescindibles en revistas de la índole de la nuestra

Al hacernos el honor de tan grata adquisición, sólo tenemos para decir que Herrera Mac Lean juzgará mensualmente pintura, escultura, arquitectura, exposiciones, concursos y trabajos. De su amplio y profundo conocimiento técnico, de su estilo brillante y pomposo de escritor nuevo, de sus méritos intelectuales y personales, nada hemos de adelantar que ya no se sepa.

Con libertad, con autoridad, con personalidad, Herrera Mac Lean va a darnos esas exquisitas gracias de su prosa donde la armonía y el movimiento y el color rompen los antiguos frisos y se adelantan bellamente hacia la modernidad. Espíritu joven y sediento, trae champaña en cálices griegos o vinos medioevales

en altas copas modernas: queremos decir, la expresión plástica, la perfección objetiva, vale tanto como el intento noble, como el alma pura.

PEGASO se regocija altamente de poder anunciar tal cosa a sus lectores.

En el sexto centenario del Dante

El ciclo de conferencias con que el Ateneo de Montevideo rememora el sexto centenario del Dante, ha culminado en la magistral disertación de Emilio Frugoni, cuya elocuencia singular seduce.

Si, como dice Emerson, "los poetas son dioses liberadores", he aquí que el gran poeta florentino ha surgido de nuevo, a la luz claudicante de nuestra civilización, para pasearse entre la multitud, hecho verbo de esperanza, clamor de serenidad, visión simbólica de liberación que atraviesa seis siglos para hundirse en la claridad definitiva y lograr el saludo de todos los pueblos del mundo puestos de pie ante su pasaje melancólico Desde la gran montaña viene el Homero cristiano diciendo su voz de eternidad, — voz de Dios, dijo Frugoni, — y en la vieja emoción se renueva el corazón humano como en un óleo sacro "Onorate l'altíssimo poeta", creador de Beatriz, — "catedral de piedra viva", como le llama Zorrilla, — y honrándole así honráis la humanidad. Tal el concepto de la hora y la bella gestión del Ateneo montevideano puesto en acuerdo con la "Dante Alighieri", que reune en su círculo la italianidad de sus asociados y la grandeza latina de la raza

TELMO MANACORDA.

El momento español

Cuando se interrumpe la vida sólita de la humanidad, nosotros buscamos los libros de Rafael Barret,

pues aunque sus páginas adolecen de la urgencia con que fueron construídas, dañándose por momentos la explanación del pensamiento, en ellas se encuentran siempre indicios de una facultad previsora cuyo interés van acrecentando los años.

Estas jornadas trágicas de Marruecos nos compelieron a buscar, una vez más, aquellos libros amigos; el hombre extraño no dejó defraudadas nuestras esperanzas; y en páginas motivadas por horas de dolor que entonces los moros dieran a Francia, ya dejó planteado su temor de que *estos bárbaros, al fin y al cabo atrevidos, nos arrimen una buena y resulten más civilizados que nosotros*".

*

No es el caso de estimar si la conclusión es exacta, porque muy embrollado anda ese concepto de civilización, y tanto pudiera ser cierta la definición que en sus página da Barret, como la que nuestra vanidad emplea habitualmente.

Pero sí, no es despreciable una de Barret, allí esbozada: puso, hablando de los moros, que "mejor armados quizá pudieran tener razón; mejor armados aún, podían fundar colonias en la costa extranjera — no sería la primera vez que los árabes han puesto el pie en Europa — y conquistarían el derecho de mostrarse susceptibles con las agresiones cometidas contra personajes marroquíes".

Atrevido está eso, pero también está preñado de sugestiones importantes.

Sin embargo, no vamos a apartarnos de nuestro motivo entreverándonos por los matorrales de las complicaciones políticas.

Nos conmueven, sí, estas horas del largo martirio de España, pero no vale la pena detallar mayores complicaciones de nuestra intimidad.

En el momento sólo buscamos s avivar el recuerdo del extraño Barret, y señalar una vez más la riqueza de aquella inteligencia, en cuya amplitud cupieron tan bien las posibilidades del futuro, que ya alcanzamos la comprobación de algunas de sus especulaciones.

Y mientras aparecen competentes exégetas a desempolvar ese tesoro acumulado por un cerebro magnífico, puesto al servicio de un corazón de niño, ofrezcamos los homenajes de nuestra humildad.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Inquietud. — Versos. — Por Luisa Luisi. — Cooperativa Editorial "Pegaso". — Montevideo. — 1921.

Afirma este libro una personalidad que se destaca ya con relieves propios y líneas personalísimas dentro de la lírica americana

Tono grave y profundo el de esta voz, cuyas vibraciones recónditas no se pueden escuchar sino dentro de una atmosfera de recogimiento absoluto y poseyendo un espíritu capaz de ser sensibilizado por sugestiones de naturaleza finísima y complicada

Luisa Luisi es, ante todo, una vigorosa mentalidad y esto, que constituye su decoro, es también una causa permanente de dolor, porque todo quiere penetrarlo; se diria que ausculta su sentimiento, en vez de dejarse arrastrar por él; que su psiquis se rebela a dejarse llevar con ojos vendados por la mano de la emoción

He aquí la flor cuyo perfume y frescura admiran todos los que pasan por su lado. La belleza; ella sabe "que hay un secreto oculto en el fondo profundo de las cosas", y al mirar la flor ha de interrogarla: "¿En dónde está el secreto de tu gracia, flor perfumada del jardín soleado?..." O ha de inquirir del buey: "¿En dónde está el secreto de tu calma?.. " Esta tendencia analítica es patrimonio de la sabiduría, pero es evidente que allí mismo donde el espíritu se contrae con el propósito de investigar, las sensaciones emocionales se decoloran o quedan como paralizadas.

Y no son sólo las cosas exteriores las que le producen este afán de averiguar el secreto profundo de su existencia; ella misma sabe que es un misterio y se atormenta por encontrarse: "Saber que hay una perla iridiscente — en el fondo más hondo de uno mismo — y perderse año a año sin hallarla — en este inmenso océano del yo!..." Preguntarse angustiado: "¡Cuando soy yo que te hablo y que te río, — cuando resbalan por mi rostro — lágrimas mías, jugo de mí misma, — y cuando son tristezas ancestrales — y cuando son las voces de los muertos — que desde el fondo de los siglos hablan!..."

Estas persistentes e incontestables interrogantes, dan al libro un aspecto de templo sombreado y taciturno, edificado lejos del tumulto de los senderos y hasta donde pocas veces llegan voces de niños,

ni ramos frescos, ni besos pasionales, ni nada de lo que constituye lo amable y simple de la vida.

La inquietud de Luisa Luisi es hondamente dolorosa y enredada casi siempre con tribulaciones metafísicas que la hacen golpear a cada momento la puerta de los enigmas. "¡Alma mía! — grita en uno de sus poemas — te mueres de seriedad" y, suspira por "tener la frivolidad mágica, por reir con la risa clara de la primavera..." Jamás lo podrá, porque su musa es demasiado honda para ser simple y la lleva fatalmente hacia el dominio de lo trascendental y de lo grave.

Ni convendría tampoco que se esforzara por conseguirlo, porque iría contra su naturaleza y perdería el intenso sello personal que caracteriza a su poesía. Aquí es sincera consigo mismo y se nos presenta tal como es: una gran poetisa torturada por la sombra de lo enigmático y a quien dinamiza el sentido trágico y hondo de la vida. — J. M. D.

La Fiesta del Espíritu.—Por Horacio Maldonado. Montevideo.—1921.

"—¡Mira cómo hormiguea la gente!

"—¡Oh, miremos hacia arriba, no miremos hacia abajo!

"—No, miremos hacia abajo desde esta altura. Por elevarnos no debemos desdeñar la tierra. Piensa en que nuestra torre se apoya sobre ella".

Así hablan los dos amigos a quienes Maldonado hace dialogar en un ambiente de serenidad, un poco lejos del mundo, pero no tanto que dejen de escuchar sus ruidos, mirar sus hombres y contemplar el espectáculo de la vida con todos sus horrores y magnificencias; porque en la tierra andamos, y si bien el espíritu necesita abstraerse y reconcentrarse para purificar su juicio, éste de poca cosa vale cuando no ha sido originado por impresiones reales o traduce una inquietud orientada en el sentido de mejorar y embellecer las condiciones del hombre.

Así no se percata en este nuevo libro del autor, ningún ademán violento, ninguna reacción agitada contra dardos clavados en carne propia, — tal como en "La Ofrenda de Eneas", — ni tampoco un alejamiento excesivo del medio ambiente, complicado con cierta tendencia hacia lo abstracto — como en "El Sueño de Alonso Quijano". — Maldonado parece haber adquirido el imperio de la templanza y una armonía interior capaz de abroquelarlo contra las pasiones desordenadas.

Como no podía dejar de suceder en un pensador, el espectáculo social contemporáneo lo atrae vivamente y no puede resistir el influjo de las corrientes modernas. Hay capítulos en el libro, como en el de "Lázaro y el rico malo", — el más jugoso del volumen — que no titubearía en firmarlo un frenético comunista. Allí se dicen frases como ésta: "edad dichosa en que todas las cosas eran comunes y no se conocían estas dos palabras: "tuyo" y "mío". Y se repiten las profecías de Isaías:"¡Ay de los que juntan casa con casa y heredad con heredad hasta acabar el término!..." Y las palabras de Henoch: "¡Ay de vosotros, los que construís palacios con el sudor de los demás! Cada una de las piedras que lo componen es un pecado... " Y más adelante: "Sí, pero el mundo se asusta de esa rebelión. Habla de desorden, de anarquía, de caos y llama al orden, a la disciplina y, al ejército en su auxilio. ¿Quieren volver a los tiempos en que Lázaro enseñaba su miseria como un perro apaleado?..." Y, por fin, este enorme sacrilegio, que le ha de atraer más de una excommunión: "¿Por qué no decirlo? Los Lenine, con todas sus arrogancias y errores, me parece que le están preparando a la humanidad una senda mejor. Del caos brotaron los mundos armoniosos: del caos ruso bien puede brotar una tierra de armonía..." No diría tanto yo, porque creo que la armonía no podrá existir jamás en donde anden los hombres, pero sí una tierra menos irritantemente injusta...

Como se ve, el autor aborda problemas palpitantes y no ha hecho sólo un libro de bellos conceptos literarios, sino de afirmaciones filosóficas y sociales, más o menos rotundas, pero lo suficientemente expresivas, como para que no se tengan dudas respecto a su íntimo sentir.

El libro está escrito con ese pulimento y prolijidad que caracteriza la obra anterior de este vigoroso literato. Ha introducido, sin embargo, en su arquitectura una novedad: la forma dialogada, con lo que, a nuestro juicio, ha conseguido dar el autor a "La Fiesta del Espíritu" mayor amenidad y agilidad, sin contar con otra de las ventajas del diálogo: la de obligar a ser concreto y determinante. — J. M. D.

El Último Hijo del Sol. — Romance dramático. — Por Carlos M. Principalle. — Montevideo. — 1921.

La simple lectura de una obra dramática no autoriza para abrir un juicio definitivo. Lo que se ha escrito para ser dicho en el escenario, teniendo en cuenta todos los efectos y factores del arte teatral, no puede, racionalmente, ser comentado cuando llega al espíritu por vía del libro. Así ocurre que han fracasado en escena piezas que leídas parecían destinadas a un éxito absoluto, lo mismo que lo contrario ha podido evidenciarse infinidad de veces.

No tuvimos la suerte de asistir a la representación de este bello romance dramático, verificado por la compañía Arrellano-Tesada el año 1915, ni recordamos la forma en que fué recibida por la crítica, aunque mucho nos tememos que el autor haya visto naufragar muchas de sus más legítimas esperanzas por deficiencia y frialdad de los actores, por pobrezas de decorado, y, en fin, por todo ese cúmulo de contrariedades, obstáculos e indiferencias con que tienen que luchar los autores dramáticos, más todavía los que hacen arte superior, en estas tierras de América.

De todos modos, nos parece indudable que Principalle ha escrito con el "Último Hijo del Sol", un romance dramático que no tiene

absolutamente nada que envidiar a los que nos envían de ultramar, y que causan las delicias de nuestro público en las clásicas temporadas de Doña María Guerrero y Don Fernando Díaz de Mendoza.

El romance, en efecto, se desarrolla con arreglo a una técnica y dentro de un realismo histórico irreprochables; la inspiración a cada instante brota llena de frescura; el interés se mantiene tenso durante los cuatro actos; la fluidez de la rima evoca a las grandes liras hispánicas del siglo de oro; en fin, todo en esta obra lleva a la conclusión de que el autor está dotado de excepcionales cualidades para cultivar la literatura lírico-dramática. — J. M. D.

Todos los Pecados. — Poesías. — Por Alejandro Sux. — París.—1921.

"Al salir de un music-hall, en París"; "En un banquete", "En una taberna del Barrio Latino"; "Barcelona, desde lo alto del Tibidado", "Después de una manifestación socialista"; "Cuando conocí a Leopoldo Lugones"; "En los subterráneos de Verdún, después de la tercer batalla"; "Montmartre, en una taberna de apaches. ."; así la mayor parte de las poesías del volumen, llevan al pie el sitio en que fueron escritas o los motivos que las inspiraron.

Tal vez por esto Sux, en este libro, sugiere la idea de un poeta esencialmente impresionista y dominado por la necesidad imperiosa de rimar sus sensaciones inmediatamente de producidas, en el mismo sitio que le agitaron el alma.

Parece repudiar el silencio y la estrechez de los gabinetes; su mesa de trabajo son los rincones de la taberna, las piedras de los montes, la borda del vapor, los bancos de los jardines públicos

Despoja así a sus versos, de artificio y estilizamientos y les da, en cambio, una energía, una franqueza y un color de vida que lo hacen destacar como uno de los más vigorosos poetas actuales de habla castellana.

Y he aquí un hecho curioso: no obstante esta espontaneidad, que podríamos llamar instantánea, su poesía no tiene nada de epidérmica, ni transitoria: hay siempre, en ella, ideas que hacen pensar hondamente, o símbolos que admiran por su concordancia, o vibraciones sentimentales que se adentran hasta la raíz de la emoción

A pesar de vivir Sux en París, la ciudad mareante, reina de la moda y el capricho, parece resistir heroicamente al influjo de las modernas innovaciones literarias: su musa se mantiene fiel al verso rubendariano. — J. M. D.

Almanaque Sanducero. — Paysandú. — 1921.

Merece un franco elogio Manuel Benavente — su director artístico — por el empeño puesto en la realización de esta obra. Vastamente vinculado, como está, con la mayor parte de la gente de letras americana, ha podido reunir en sus páginas a un grupo selecto y compacto de poetas y prosistas nuestros y extranjeros, que dan a este almanaque el valor de una pequeña antología. — J. M. D.